

RICARDO GONZALES VIGIL, *Poesía peruana siglo XX*, 2 volúmenes. Tomo I, 768 pps., tomo II, 780 pps. Lima, Ediciones Copé, Petro Perú, 1999.

Celebrando los veinte años del Premio Copé, Petro Perú edita el libro de RGV, cuya actividad crítica alcanza ciertamente con esta obra un nuevo testimonio de su dedicación a nuestra literatura. No es la primera vez que GV asume una antología de nuestra poesía, pues ya en 1984 tuvo a su cargo el tomo que Edubanco dedicó a la poesía peruana comprendida de Vallejo a ese entonces. La obra suscitó (y no es extraño en una antología, y menos extraño en una antología peruana de poesía) muchos reparos. Hubo quienes se sintieron excluidos y guardaron silencio, pero hubo también quienes asumieron irónicas actitudes de protesta. Deben darse ahora por bien servidos, pues GV ha incorporado a esta nueva versión a la mayoría de ellos.

En verdad, lo más novedoso e importante de esta edición aparece en el segundo volumen. El primero va dedicado a los poetas que ofrecen testimonios de cómo en nuestro modernismo se advierte todavía una persistente presencia del costumbrismo y un eco no desmentido del romanticismo; RGV congrega ahí a poetas como González Prada, Márquez, Amézaga, Chocano, Carrillo, Yerovi, Cisneros, Luna y Gálvez. Puede alguien extrañarse de la presencia, entre los poetas, de Ventura García Calderón. Siguen los que, desde el postmoder-

nismo, van acercándose al vanguardismo; y encontramos ciertamente a Eguren encabezando la lista, seguido de Enrique Bustamante y Ballivián, de Ureta, César Atahualpa Rodríguez, Parra del Riego, Guillén. Incluye aquí a Catalina Recabarren, "heredera del costumbrismo, el romanticismo y el modernismo" y dueña de un acusado "deleite por la improvisación y por declamar sus versos musicales". La parte más novedosa es la que nos ofrece al escoger a los representantes del vanguardismo y postvanguardismo.

Lo más novedoso es la que asila a los representantes del vanguardismo y postvanguardismo. Vallejo la encabeza; RGV acoge 15 poemas de su edición del 84, desecha cuatro y elige nueve, entre ellos tres poemas más de *Trilce*; Vallejo está realmente mejor representado en esta nueva versión de 1999. Enrique Peña se ve enriquecido con tres poemas: lo mismo ocurre con Alberto Hidalgo y con Churata y Alejandro Peralta. Ahora aparece Juan Luis Velásquez, ausente el 84. Oquendo de Amat luce ahora con el doble de poemas frente a la edición del 84. Diecisiete son los textos recogidos de Martín Adán, frente a los escuálidos seis de la edición anterior. En suma, los poetas que figuraban en el 84 lucen ahora textos más numerosos o con versiones nuevas. Una novedad es la incorporación y el espacio cedido a Esther M. Allison, de quien no se dijo palabra en la antología anterior. Nuevo resulta asimismo Rodolfo Ledgard. La generación del 50 tiene ahora entre sus representantes nombres ausentes en la edición de Edubanco. Ahí están Gustavo Valcárcel, Julia Ferrer, Rosa Cerna, Sarina Helfgott, José Ruiz Rosas, Augusto Elmore y Manuel Velásquez Rosas.

En suma, a pesar de las discrepancias que toda antología pueda suscitar, RGV nos ofrece una hermosa comprobación de que "la poesía peruana ostenta uno de los conjuntos más valiosos y significativos de las letras latinoamericanas, con varias voces de relieve internacional". Repite ahora GV, con mejores argumentos, sus juicios de 1984 sobre la influencia del modernismo y ofrece argumentos convincentes para

—superando la periodificación habitual de los críticos a propósito de las generaciones literarias— aludir a la generación del 50, a la del 60 y a la del 70. A partir de entonces vacila y nos habla de un conjunto de poetas comprendidos entre los 70 y los 80.

Este segundo volumen constituye la contribución mayor de GV a la crítica contemporánea. Destaca “el legado simbolista-vanguardista, con paradigmas en la poesía francesa y, en menor medida, iberoamericana” y pone de relieve “la trascendencia de las voces femeninas. Tres son los nuevos textos que enriquecen el conjunto de Javier Heraud, y tal vez sean pocos. Pero ahora está Reynaldo Naranjo (que en enero del 85 había dejado oír su protesta y su sorpresa). Aparece también enriquecida la colección de Lucho Hernández. Buena selección le ha tocado a Watanabe y los poemas que de Enrique Verástegui se incluyen son totalmente distintos de los de la edición anterior. Hay que destacar ahora la presencia de Marcela Robles, Giovanna Pollarollo, Luz María Sarria, Otilia Navarrete, Ana Luisa Soriano, Dida Aguirre, Giuliana Mazzetti, Rocío Silva Santisteban que anuncian, por su calidad y su número, la definitiva aparición de la mujer en el mundo de la poesía.

Es verdad que todavía es temprano para abrir juicio sobre muchos de los poetas de los últimos tiempos, pero es verdad (como señala RGV) que “ya es hora de evaluar sin apasionamientos los aportes poéticos de la Generación del 70”, que “cuenta con mayor número de antologías que cualquiera otra generación de poetas peruanos”.

Realmente los críticos literarios tienen que afrontar un desafío; estos volúmenes de RGV y los artículos que Rodrigo Quijano y Santiago del Prado han dedicado a la poesía peruana del 60 y a la del siglo XX, ofrecen material tentador para arriesgar un debate. El milenio se muestra prometedor.

Cecilius Kirchenvater
(Universität Dresden)